



Marlon Davies y Onslow Stevens, admirable pareja de la M. G. M

HEROE O COBARDE

REPARTO. — "Tom Brown", Tom Brown; "Dr. Brown", H. B. Warner; "Slim", Slim Summerville; "Comandante Wharton", Sidney Toler; "Cally Boy", Andy Devine.

Tom Brown, un joven sin casa ni familia, toma parte en los ejercicios preliminares físicos del Estadio de la Legión Americana, ansioso de ganar unos céntimos. Su contrario le propina tal paliza durante el boxeo que el pobre Brown huye, terminado el combate, al guardarrropas para rehacerse. Cuando le dan unos cuantos dólares por la prueba se marcha, hambriento, al próximo bar que sirve el charlatán Slim, ex sargento del ejército, que de continuo habla de sus peripecias en la guerra.

El comandante Wharton y el capitán White entran en el bar a desayunar cuando se fijan en Tom que devora sus viandas, observando que lleva puesta una Medalla de Honor concedida a su padre después de muerto por servicios prestados al ejército, como médico, en las trincheras. Slim, que conoció al doctor Brown, dice que también lo curó a él de una de sus heridas en uno de los choques de su batallón y se interesa por el hijo de su bienhechor.

El comandante Wharton sugiere a Slim que coloque en su bar al muchacho, y una vez en casa, medita que debiese hacerse algo por el hijo del bravo oficial médico Brown, siquiera en memoria de su heroísmo; por tanto, resuelve que Tom ingrese en la Academia Militar de Culver para seguir la carrera de su padre en la oficialidad. Pero Tom, que es un espíritu demasiado liberal, no cumple con el reclutamiento de la Academia, se indispone con sus superiores y, finalmente, con algunos condiscípulos a pesar de lo cual se le deja proseguir sus estudios.

Entre los que se indisponen con el indisciplinado Brown se halla el cabo de cadetes John Clark, Bob Randolph y el primo de éste y a la vez compañero de cuarto del propio Brown, Ralph. La indisciplina llega a su colmo un día en que Brown se niega a saludar a la bandera de los cadetes al paso por el Cuartel de Banderas y en el edificio en que se hallan inscritos todos los nombres de los caídos en la guerra pertenecientes a su Academia. Entre dichas inscripciones se hallaba la del padre de Bob que no pudiendo soportar la acción de Brown se hacen cara y la cosa no pasa a mayores gracias a la intervención de un oficial de la Academia. Sin embargo, poco después ambos cadetes arrojan sus diferencias a puñetazo limpio.

Una noche, dos años después, Slim descubre en su bar a un cliente en el que reconoce al supuesto muerto doctor Brown. Este le cuenta confidencialmente que la noche de su "muerte" llegó a su departamento en las trincheras avanzadas un soldado ensangrentado y lleno de horror clamando su auxilio; dominado por el pavor de aquella carnicería humana y deseando no ver más semejantes cuadros, cambió sus ropas por las del infeliz, que murió a su mismo lado, y desertó en la oscuridad de la noche, entre el terrible bombardeo. Terminó su confesión diciendo que venía a ver a su hijo Tom, que sabía estudiaba en Culver. Slim le promete guardarle el secreto.

Llegan las Navidades y Slim manda al joven Brown un paquete de dulzainas, que éste reparte entre sus colegas, exceptuando a Carruthers. Enterado de que Carruthers acaba de perder a su madre, aquel mismo día Tom, sin embargo, se va a él, le pide disculpa y le ofrece su propia parte, que Carruthers rechaza melancólico.

Para pasar las vacaciones de Año Nuevo, Tom y Bob quieren ir a sus respectivos pueblos natales y celebran la despedida con una cena opípara en el bar del ex sargento Slim. Pero Slim, después de ofrecerles unos pasteles en memoria de las fiestas, les ruega que le ayuden a repartir algunas golosinas en el hospital, donde algunos veteranos se están reponiendo. Slim y el doctor Brown y su hijo conversan amigablemente, sin que éste sepa del secreto dramático.

Vuelto a Culver, Brown asciende a sargento de la primera, manda su pelotón en el campo de maniobras de la Academia y parece orgulloso de su cometido ahora. Ralph comete una falta contra el reglamento y Tom se muestra consecuente hasta ver que Ralph es un falso que busca subterfugios. Tom se interesa cerca del primo de Ralph, Bob, para que aquél lave su transgresión con honor, y Bob se molesta tanto que reta a Tom al ring del Estadio. Bob sale victorioso de la lucha, pero Ralph es expulsado de la Academia en consecuencia.

El doctor Brown acude a Culver para presenciar los exámenes de los cadetes y Tom se acuerda de haberlo conocido con Slim en el hospital; le enseña al doctor la medalla de su padre y entonces éste se descubre, contándole el secreto que sólo Slim conoce. Cuando su padre le dice que tiene que desahuciar de nuevo Tom quiere seguirle. Pero aprobado y hecho oficial, decide seguir esta carrera.

La «Universal» en Polonia

La «Universal» ha decidido producir en Polonia, por cuyo país ha mostrado especial interés. Apenas regrese de Hollywood se dirigirá a su país, Polonia, a fin de rodar un film para la «Universal».

Dos estrenos fantásticos «Universal»

En el teatro Roxy, de Nueva York, ha celebrado con maravilloso éxito dos estrenos que ocupan la principal atención de Nueva York: «El hombre invisible» y «Parece que fué ayer». Según un cable de las oficinas de Roxy, las extrañas aventuras del «Hombre invisible» son la comidilla de la gran urbe. Se trata de la película más grandiosa que jamás haya salido de Estudios cinematográficos—dice—. Sólo el genio de H. G. Wells, de cuya célebre novela se ha hecho esta adaptación, podría haber acusado con los técnicos de la «Universal» tan enorme éxito.

«The New York American» dice que la excelente producción ocupa la crítica de todos los Estados Unidos.

«The New York Daily News» dice que lo cómico y lo fantástico y monstruoso de esta obra no se habían visto jamás.

«The Daily Mirror» dice que las escenas terroríficas y las fotografías de «El hombre invisible» son fascinantes y soberbias, excitando hasta el máximo al público y aconsejando que vean todos el film milagroso de la «Universal», que bien merece la pena de admirarse, ya que sólo una vez en la vida se ofrece algo semejante.

El «New York Times» dice que el material empleado constituye un verdadero monumento.

El «Daily Mail», de Londres, dice que los cables de Nueva York acusan éxito creciente. Llena sus columnas de las fantásticas escenas y comena que Claude Rains, el héroe del film, actúa en toda la película y sólo logra verse a sí mismo en dos partes de la misma.

«Parece que fué ayer» merece críticas aparte, comentándose que la Radio City Music Hall del Broadway jamás había conseguido triunfo semejante.

No es menos de esperar, dado el esfuerzo que Inemmle realiza al frente de la «Universal» en la actual temporada.

El comandante lee los resultados y se nombra a Brown capitán de cadetes. Las Compañías de Culver marchan militarmente al son del himno nacional norteamericano. Tom desfila marcial con su nuevo grado. Oculto entre las gentes, el doctor Brown se cuadra y saluda el paso de la bandera de su hijo. «The Star Spangled Banner» le enardece y contiene un «¡Viva!»

M. Sullivan

Después de haber desaparecido durante un mes de Nueva York, Margaret Sullivan, la heroína de "Parece que fué ayer", ha hecho su nueva aparición, siendo llamada inmediatamente por Laemmle para comenzar su segunda película en Hollywood. A raíz del estreno de la grandiosa obra "Parece que fué ayer", la Prensa se echó materialmente encima de Margaret Sullivan, que jamás creyó llegar a ser estrella. Las críticas y las demandas de interviús, etc., se centuplican, a pesar de que Miss Sullivan procura ocultarse. Laemmle dice que el cine ha ganado una estrella de la mayor categoría. Su próximo film lo desempeña Miss Sullivan con Lew Ayres, al parecer. Laemmle ha declarado que Miss Sullivan sólo desempeñará en adelante papeles de primera categoría en la Universal.

Un rasgo de Robert Montgomery

Gracias a Robert Montgomery, "Papá" Mills tiene ahora una cómoda butaca donde descansar cuando llega a casa rendido por la faena del día.

"Papá", individuo muy conocido en Hollywood desde hace varios años, ciego y de cincuenta años de edad, vendía periódicos en cierta esquina de la capital del celuloide.

Durante la producción de "Lady For a Day" hizo falta un ciego y le ofrecieron el rol a Mills. Lo desempeñó tan bien que la Metro Goldwyn Mayer le adjudicó un papel en cierta interesante producción en que Robert Montgomery encarna al protagonista.

Cuando "Papá" llegó al escenario le instalaron en una cómoda silla hasta que le tocara su turno. Mills lanzó un prolongado suspiro, empezando a tocar el brocado que cubría el respaldo y los brazos de la silla.

—Así da gusto descansar— dijo "Papá", pensando en alta voz, como hacen la mayor parte de los ciegos—. Nunca me he sentido tan cómodo.

Montgomery, que estaba de pie a corta distancia, le oyó. Y, tranquilamente, fué al teléfono, llamando a la oficina de reparto.

—Habla Robert Montgomery— dijo—. ¿Saben ustedes la dirección de "Papá" Mills?... Bien; envíenle una silla exactamente igual a la que estamos usando ahora en el escenario y pásenme la cuenta.

Todo se hizo tal como lo ordenó Montgomery y en la actualidad "Papá" Mills puede descansar cómodamente cuando llega de vender periódicos o de trabajar en el estudio.

DEMETRIO LEON

CORAZONES DE ORO, EN HOLLYWOOD

«La gente más generosa de la tierra.»

Daniel Frohman, eminente empresario de piezas y revistas teatrales, calificó así en cierta ocasión a los actores y actrices en general, refiriéndose a la espontaneidad con que brindan su tiempo y su arte para obras benéficas y funciones por este estilo.

«Su generosidad se extiende, sin embargo, más allá de las fronteras de la caridad», musita el astuto observador de la vida en los Estudios. «Y puesto que ninguno de ellos levantará la voz para decirlo... a mí me corresponde el uso de la palabra.»

La sensibilidad emocional de los actores les lleva a sacrificar su propio interés cuando sus amigos están en tribulaciones.

Por ejemplo, Hollywood movió la cabeza con decidida aprobación cuando John Barrymore suspendió todos los planes de producción de una pieza suya, para encontrarse libre y reemplazar, si necesario fuese, a su hermano Lionel, designado para comenzar una película y quien se encontraba desesperado por entonces a causa de una grave dolencia de su mujer. Afortunadamente, Mrs. Barrymore mejoró, haciéndose innecesario el cambio; pero John no vaciló un instante en abandonar sus propios asuntos para ayudar a su hermano. Y todavía se recuerda con orgullo un caso semejante, cuando Will Rogers dejó escapar un lucrativo contrato en la pantalla, tomando un aeroplano y volando precipitadamente a Nueva York para sustituir a su antiguo amigo, Fred Stone, que había sufrido un serio accidente pocas horas antes del estreno de una pieza en que desempeñaba el papel principal.

Tenemos también el caso, hace varios años, de un actor, famoso ahora, y Marie Dressler.

El joven, en realidad buen actor desde entonces, sintióse acometido del pánico del micrófono al comenzar cierta escena en una película de Marie Dressler. El director, el electricista y operarios estaban furiosos y hablaban de buscar a otro artista. El muchacho estaba tan nervioso, tan sobresaltado, que parecía imposible hacer nada con él.

Miss Dressler oyó las críticas y los planes de cambiar de actor, y formó un gran alboroto. Rehusó absolutamente permitir que le despidieran, sin preocuparse que la timidez del actor retrasara el trabajo de la estrella y de toda la compañía.

«No voy a permitir que se hunda el porvenir de este chico», dijo. Se llevó al joven a su camarín por es-

pacio de una hora, mientras el resto de la compañía se quejaba sobre mano sobre mano. Regresaron: el joven había recobrado su aplomo y trabajó con arte y naturalidad. Hoy es uno de los grandes «descubrimientos» de Cinelandia.

Otro de los incidentes más encantadores en este sentido, concierne a Greta Garbo.

Había una parte insignificante en «Gran Hotel», la de la recién casada que viene con el novio a hospedarse en el hotel. Eligieron para este rol a la bonita Mary Carlisle, por entonces completamente desconocida. Como el papel era tan corto, le dieron el primer vestido que vino a mano.

Mary llegó al escenario, nerviosa, a punto de llorar, con la conciencia de estar mal trajada.

Miss Garbo observó su confusión, se acercó a preguntarle el motivo, llamó a la costurera en jefe y retardó la producción hasta que trajeron a Miss Carlisle un vestido realmente atractivo. No había razón para que Miss Garbo se tomara estas molestias, pero Greta siempre está dispuesta a aliviar las mortificaciones ajenas. Fué, en realidad, un gesto delicado y generoso de la refulgente estrella.

Hace poco trajeron a uno de los escenarios de la Metro-Goldwyn-Mayer una cómoda silla de brazos para Robert Montgomery.

Empleábase a un ciego para ciertas escenas de la producción. Guiándose con su bastón, el ciego llegó hasta la silla de Montgomery, donde se dejó caer con un suspiro de alivio, diciendo: «Esta es la silla más cómoda en que me he sentado hace mucho tiempo.»

Montgomery no dijo nada; pero la misma noche salió del Estudio la silla en un camión expreso, enviada a la casa del ciego, cuya dirección había averiguado Montgomery en la oficina de reparto.

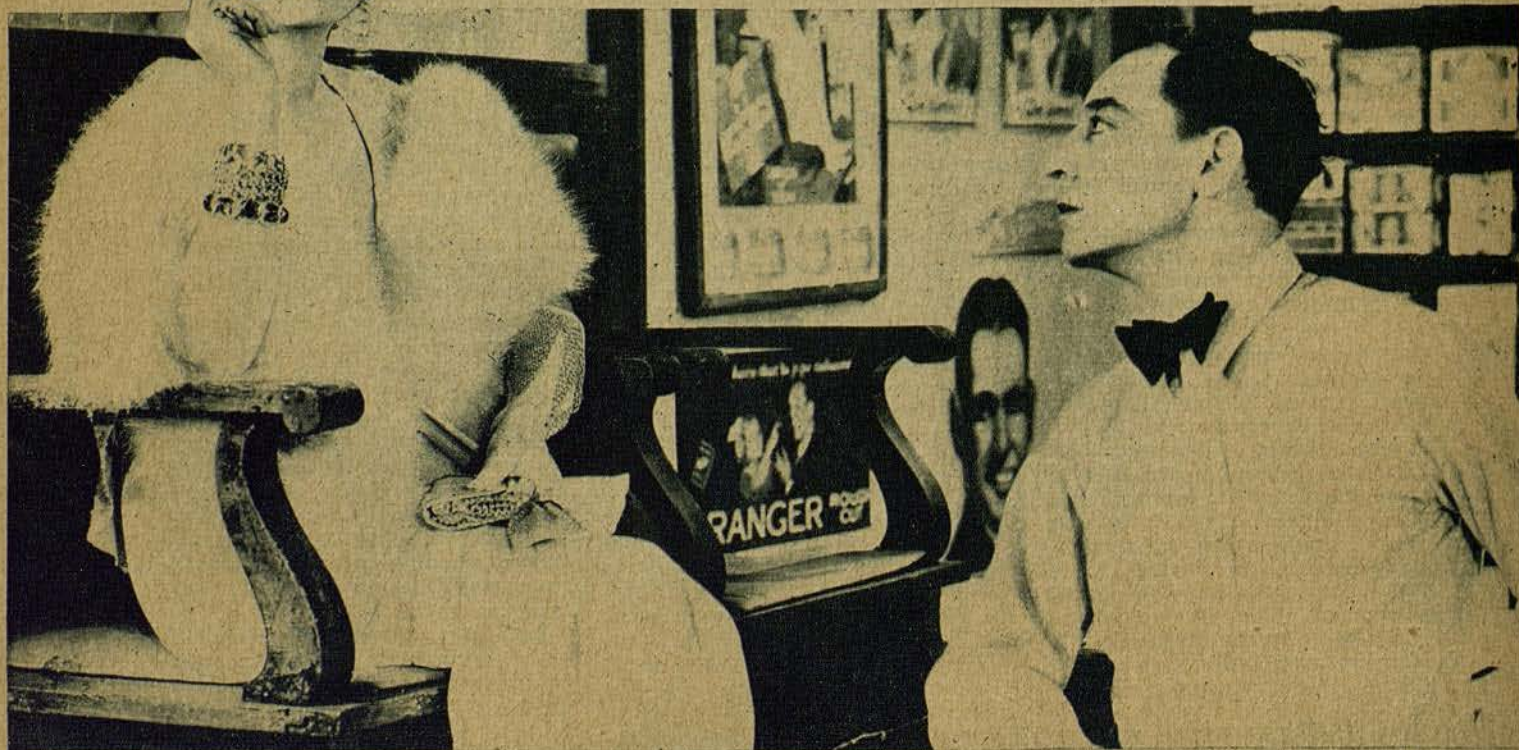
Incidentes de esta clase ocurren a menudo en los Estudios cinematográficos. Cuando Edgar Selwyn se rompió una costilla mientras dirigía cierta película, cuatro directores telefonaron ofreciendo gratuitamente sus servicios para continuar la producción. Helen Hayes cedió graciosamente su camarín a Diana Wynyard, imponiéndose la molestia de cambiarse en su casa la indumentaria requerida en su propia interpretación.

Así, la generosidad y cordialidad entre compañeros son características relevantes en la vida de Hollywood.

CARMEN DE PINILLOS



Otra escena interesantísima y regocijante de la película M. G. M., «Queremos cerveza»



Buster Keaton, el popularísimo artista cinematográfico, que interpreta un papel de ampliabotas en el nuevo film de la M. G. M., «Queremos cerveza», se dispone a «ejercer» con esta linda muchacha, que espera impasible, mientras Keaton la mira de un modo bastante significativo

EL FILM «DOÑA FRANCISQUITA»

En los Estudios de la Ciudad Lineal, de Madrid, se está filmando la película «Doña Francisquita», basada en la famosa y celebradísima obra de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, con música del glorioso maestro Amadeo Vives. Existe en el mundillo cinematográfico vivísimo interés por coocer esta cinta, basada en una de las obras más destacadas del teatro lírico español. Desde su estreno, «Doña Francisquita» fué de éxito en éxito y de triunfo en triunfo... Aclamada primero por los públicos de España y de América, luego, muy recientemente, traducida y cantada en francés, ahora, la película, hará sin duda el milagro de llevar la obra del gran compositor a los últimos rincones del mundo...



Antonio Palacios, el insustituible «Cardona», que estrenó la obra y que ahora está filmando su rol en los Estudios de la Ciudad Lineal

Fernando Cortés y Raquel Rodrigo, los celebrados artistas, encargados de interpretar, respectivamente, los papeles de «Fernando» y «Doña Francisquita», en este film

AVENTURAS DE UNA ESCRITORA EN MALASIA

Lori Bara autora de «Samarang», la producción B. F. Zeidman-Artistas Asociados, que veremos en breve, no sabía lo que la esperaba cuando sentada en su mesa de escritorio escribía en Hollywood la novela de un pescador de perlas malayo.

«Samarang» era un film que no podía hacerse en Hollywood, pues tenía que estar libre de toda teatralidad y artificialidad, lo que no permitía que fuese rodada en un estudio. Zeidman buscaba gente que obrase con no fingida naturalidad en su propio ambiente, para «Samarang», de modo que organizó la expedición a Malasia.

Formaba parte de esta expedición Lori Bara, esposa del director del film, Ward Wing, y como su nombre habrá quizás sugerido a nuestros lectores, hermana de la que fue famosa estrella Theda Bara.

Antes de llegar a Singapur, puerto donde terminaban su viaje marítimo, experimentaron emocionantes peligros. En Hong Kong sufrieron los terribles embates de un tifón. Los miembros de la expedición se hallaban entonces en tierra y el vapor estaba fondeado en el puerto. Su viaje hasta el buque en un sampán tripulado por dos muchachos y una vieja apergaminada constituyó la experiencia más espeluznante de su vida, según confesión de Lori Bara.

A cuarenta millas del Ecuador el sol abrasa la piel blanca. Varias semanas en el mar curtieron la piel, levantando ampollas inclusive, de todos los expedicionarios. Los vientos y los aguaceros tropicales les aliviaban un poco, pero cuando se internaron en la selva, los grandes árboles, con sus pesadas y colgantes lianas, moscas y mosquitos dificultaban de tal modo la marcha, que cada movimiento requería un verdadero esfuerzo. Lori Bara tenía que desenredarse a menudo de una masa de altas hierbas y torcidas raíces, y había que soportar las picaduras de los insectos y mosquitos, aunque no en silencio.

La lluvia penetraba a través del espeso follaje de la selva en un brusco chaparrón en el preciso momento en que iban a rodar una escena. Quedaban calados hasta los huesos y daban diente con diente por efecto del frío. De pronto reaparecía el sol, que los abrasaba. Uno tras de otro sufrieron los ataques de la fiebre.

Un día mientras trabajaban en su «twakow» (grande Barca de plana quilla usada por los pescadores de perlas), una explosión destruyó la lancha que empleaban para el transporte de los expedicionarios y actores a tierra.

Esto les obligó a quedarse en el kampong, aldea indígena construida sobre pilares de bambú. Debido a que el wallah que tripulaba el sampán se olvidó de avisar que les man-

dasen otra lancha, como le encargaron, tuvieron que pasar tres días allí.

No obstante, Lori Bara encontró a los malayos muy hospitalarios. Algunos de ellos desocuparon sus chozas para dejar sitio a los expedicionarios de «Samarang». Por la noche durmieron éstos sobre esterillas de hierbas. Su desayuno consistió al día siguiente en cocos frescos. Para el almuerzo tuvieron arroz, y arroz y pescado para la cena.

El baño lo tomaron a la manera indígena, como se ve en el film, donde Ahmang ayuda a su novia Sai-yü en el baño. El cuarto de baño es público. Consiste en una plataforma de bambú cubierta por tres costados con atap. El agua se recoge en una nuez de coco vacía y se derrama sobre el bañista.

Otra fuerte impresión sufrida por Lori Bara que le dejó inolvidable recuerdo, fue la que experimentó una noche en una plantación de caucho al ser despertada por el trompeteo de los elefantes, que destruían los árboles a su paso, y al ver el desastre la mañana siguiente. Los jóvenes árboles de caucho estaban arrancados de cuajo y una trampa para cazar tigres destruida.

A pesar de las incomodidades, terrores y varios peligros, Lori Bara dice que no cambiaría ninguna de sus experiencias en «Samarang» por el confort de un hogar.

«Samarang» se rodó cerca del Ecuador, en el Océano Indico

Jamás se ha producido un film en condiciones más penosas que aquellas en que se encontró la expedición de S. F. Ziedman a las riberas del Océano Indico para la producción de «Samarang», película que pronto podrá admirar el público de Barcelona.

«Samarang» fue filmada en uno de los lugares más cálidos de la tierra, a cuarenta millas del Ecuador. Es decir, cálido durante seis meses del año, después de los cuales viene el período de lluvias torrenciales, que dura otros seis meses. Pulu Kusu, isla donde se rodaron varias de las escenas de esta cinta, se halla de lleno en la zona de este clima «ideal».

La base de aprovisionamiento de la expedición Zeidman estaba en Singapur, «la encrucijada del mundo» y metrópoli de la Península Malaya. En esta ciudad, una de las más cosmopolitas del mundo, con sus variadas ocupaciones militares y docenas de nacionalidades, Ward Wing, director de «Samarang», halló el comienzo de sus dificultades.

Wing y su esposa, Leri Bara, au-

tora del argumento, pues «Samarang» narra una de las más románticas novelas de los trópicos que jamás haya impresionado la cámara, tuvieron que proveerse del equipo necesario para su viaje por la selva en Singapur, y al hacerlo tuvieron ocasión de enterarse de que sólo entre los miembros de la policía local había gente de 27 nacionalidades distintas.

La atmósfera tropical es poco estimulante para los indígenas y Ward Wing juzgó necesario buscar el auxilio del jefe de policía para reclutar una brigada de hombres para equipar el carrozón en que iba la cámara. En el intervalo todo el grupo filmador hubo de soportar noche y día el calor sofocante de la región.

A pesar de esas contrariedades, «Samarang» fue realizada con tan detenida atención como era necesaria para detallar la verdadera atmósfera y belleza de aquellos lugares dignos de ser llevadas a la pantalla.

Dificultades de un director para entenderse con indígenas

El hacer acuar a los salvajes ante la cámara es tarea llena de obstáculos. Ward Wing, director de «Samarang», film que presentan los Artistas Asociados, que describe la vida de los pescadores de perlas del Océano Indico, deseaba utilizar a la tribu Sakai, que tienen fama de caníbales. Se alimentan de serpientes, ratones y monos, y a veces hasta de tigres.

Sólo pudo encontrarse a un hombre que supiese hablar el idioma sakai; pero éste era un chino que no sabía el inglés y hubo que buscar un malayo que hablase el chino, pero tampoco éste sabía hablar inglés, y Wing tenía que explicar lo que quería a un malayo que entendía esta lengua. El malayo lo repetía a su compatriota que hablaba el chino, éste al amarillo, el cual, finalmente, lo transmitía al sakai.

Este dilatado procedimiento tenía sus dificultades, pues cuando las palabras de Wing habían pasado por los labios de tanta gente a veces llegaban completamente cambiadas a oídos de aquel a quien estaban destinadas.

Grandiosos decorados para «Catalina de Rusia»

Para la reproducción de los muros y torres del Kremlin de Moscú, efectuada en los estudios de London Films durante el rodaje de la producción de Alexander Korda, «Catalina de Rusia», hubo que construir los «sets» más grandes que se hubieran construido nunca en Inglaterra, pues debieron comprender además el vasto campo de maniobras del palacio de los Zares.

Mae West, una mujer de carne y hueso

Las heroínas de la pantalla suelen ser neurasténicas—dice André R. Maugé en una importante revista profesional francesa—. Debilitadas por regímenes implacables pasan lánguidamente sobre un cuerpo flexible un rostro marchito, donde los ojos pudiendo apenas sostener el peso de las pestañas, viven sólo una vida febril. En las situaciones más vibrantes, en las más trágicas circunstancias, apenas defían escapar una lenta sonrisa o algunas palabras irónicas, pronunciadas con voz sorda y gutural. Parecen ignorar el estallido de la risa y los rápidos movimientos juveniles. Abandonadas entre los almohadones de los divanes no encuentran alguna energía sino para enrollarse como lianas alrededor de un hombre, o para prolongar durante minutos enteros besos glotonos y perversos, semejantes a extraños sobresaltos voraces de raras flores carnívoras.

Y he aquí que en este lado tranquilo de introspección y de neurosis, donde la Garbo, la Dietrich, la Crawford flotan como románticos nenúfares, ha caído una piedra, salpicándolo todo en torno suyo: esta piedra es Mae West.

El encanto de Mae West está en los antipodas del indiferentismo disfrazado de superioridad, de la enfermiza languidez que son las armas habituales de las más atractivas figuras femeninas del cinema. Esta actriz teatral, célebre en Broadway y llegada tardíamente al cinema, donde un éxito inmediato la esperaba, es lo que a principios de siglo se llamaba «una hermosa mujer». Posee ese cuerpo suave, carnoso, que se advina perfumado, estas curvas opulentas y firmes que admiraban nuestros abuelos antes de la era de las caderas estrechas, el pecho de efebo y los modales masculinos. Según los cánones actuales, Mae West es gorda, y sin duda parecería ridícula en un traje de sport al lado de las esbeltas andróginas de hoy día.

Mas apenas se pone el largo corsé de brillante raso, las voluminosas toilettes complicadas del ochocientos, vemos renacer una imagen desaparecida, la de la mujer de otros días, adornada con todos los atributos de una moda anticuada y deliciosa; la figura de la mujer no endurecida por los sports y quemada por el sol, sino blanca y suave de piel, redonda de formas, con ese delicado atractivo de las porcelanas, de las cosas tiernas y frágiles. La mirada desacostumbrada acaricia con curioso placer este escote encantador, este busto espléndido y blanco como la nieve, del que parece mostrarse orgullosa al ofrecerlo como principal atractivo entre los del traje ornado de encajes.

Mas aun no es esto lo principal. A esta figura regia se une un buen humor vibrante, desbordante de salud y que rebosa en palabras alegres, en risas francas, en ocurrencias definidas en que están hábili-

das acerbos y cinicas. Una vitalidad invencible se desprende de esta mujer robusta que no se asombra de nada. La sentimos voluptuosa y bien alimentada, pronta al placer, libre de inquietudes, indiferente a la duda, al escrúpulo, al remordimiento... Y de pronto, después de admirarla, las deliciosas criaturas anémicas que hasta ayer admiramos nos parecen débiles, sin color, aburridas, inútilmente complicadas.

Mae West, después de haber debutado triunfalmente en un papel episódico de «Noche tras noche», acaba de causar una revolución en «Lady Lou». El asunto de este film Paramount es la historia de una cantante de café concierto de fines del siglo pasado, adaptado de una obra de la cual es ella autora y que tuvo un éxito resonante en Nueva York. En este film tenemos ocasión de admirar una Mae West resplandeciente de diamantes y de una belleza de flor espléndidamente abierta bajo el alto peinado lleno de complicaciones y los grandes sombreros adornados de plumas floronas. Y el eco de la risa que provoca su humorismo brutal ha atravesado el Atlántico.

¿Esta mujer extraordinaria va a renovar la moda? He aquí algo que no puede aun decirse. El elemento femenino permanece fiel a Greta Garbo y a la línea, pero los hombres parecen volver a encontrar con entusiasmo un ideal perdido que tal vez creían desaparecido para siempre. El porvenir nos dirá si esta curiosa intromisión de lo retrospectivo está llamada a crear por lo menos un nuevo estilo entre las sombras del cine.

De cómo trabaja y se divierte Jackie Cooper

Mucho depende de la madre, cuando el hijo pertenece al cine".

Tal declara Jackie Cooper, y Jackie sabe lo que se dice. Tiene en su madre la auxiliar más fiel y la mejor fuente de inspiración.

Jackie, sensacional astro infantil que ha llegado al pináculo de la fama en producciones como "El campeón", "Cuando hace falta un amigo", "Broadway y Hollywood" y otras notables cintas de la Metro Goldwyn Mayer, tiene su tiempo tan bien distribuido como un banquero, abogado o médico cuando está filmando alguna película... todo magistralmente combinado por la autora de sus días.

Entre película y película, Jackie hace la vida de cualquier otro muchacho de su edad. Se le da tiempo para jugar, nadar, cabalgar en un "pony" y hacer las veinte mil cosas que tanto agradan a los chicos.

Cuando participa en alguna producción, entonces cambia la cosa, teniendo que ajustarse a un programa detalladas las horas de tra-

bajo y de recreo, pues Jackie tiene siempre ratos para jugar... que su madre sabe procurarle. Todo arreglado, naturalmente, contando con las obligaciones en los Estudios.

Inmediatamente después de levantarse, el chico retoza un poco con "Blink", su perro. Luego, se pone la ropa que va a usar ese día y sale a dar un paseo en bicicleta, regresando a tomar el desayuno, que consiste generalmente en algún cereal, un par de huevos, una taza de chocolate y tostadas. A las nueve en punto está en el escenario listo a comenzar la faena. Entre escena y escena atiende a sus clases con la maestra de los estudios, hasta completar las tres horas diarias que exige la Ley. Terminado el almuerzo, le permiten jugar una hora, regresando nuevamente al escenario, donde le conceden amenudo algunos minutos de descanso. Al dar las cinco va con el director a ver los "rushes" de la película. Por regla general Jackie es su más severo crítico, estudiando cuidadosamente sus propias escenas y buscando la manera de mejorarlas.

Después de ver los "rushes", a casita; y allí, un baño tibio, la comida, y a ensayar un rato con su madre las escenas del día siguiente. A las ocho ya está metido en la cama su madre lee alguna historieta y a dormir. A las ocho y media la obscuridad y el silencio reinan en su dormitorio.

Cuando no tiene que presentarse en los Estudios, Jackie dispone de más tiempo para hacer lo que le place: jugar con sus compinches en la "casa club" que ha fabricado en el patio, ir al teatro o a nadar en la playa. No deja por eso de estudiar con su maestra privada.

Jackie está encantado con el programa y orgulloso de su madre, que lo ha combinado y le ayuda a cumplirlo.

"Después de todo, uno debe aprender sus escenas y tener también ratos libres", dice el diminuto astro de la pantalla. "En la forma que lo hemos combinado, hago bien mi trabajo... ¡y todavía me queda tiempo para jugar cuanto quiero!"

JUAN MENENDEZ

Todos satisfechos

Imitando una idea original de Ernesto P. Smith, de La Habana, Charles Hayman, gerente del teatro Lafayette, de Buffalo, ofreció devolver el dinero a todo cliente que no saliera satisfecho de la exhibición de "Fueros humanos". No solamente no hubo quien demandara la devolución, sino que una buena alma le dijo a Hayman que, al contrario, para demostrar su satisfacción deseaba pagar la entrada otra vez... Hayman rehusó, naturalmente, ¡bastaba con el simpático gesto! ¡Cuántos no habrán ofrecido pagarle doble a Smith!

JU
Silvia Sydney,
bellísima y sugera
tiva artista de la
Paramount



He aquí cómo Samuel Goldwyn y Eddie Cantor, acogieron a la celebradísima actriz Ruth Etting, a su llegada a Hollywood, para tomar parte en una cinta de los Artistas Asociados